

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre... ..	27
Semestre... ..	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso VIII el Niño, ó el de las Navas.—En la ausencia (poesía).—Los cuartos de hora: cuento (continuación).—Gratitud: soneto dedicado á D. Federico Levenfeld.—Una aventura: episodio del siglo xvi (continuación).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA.—Modas: correo de señoritas.—Explicación del pliego de dibujos.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO VIII EL NIÑO, Ó EL DE LAS NAVAS.

I.

Funestas y desastrosas han sido siempre para nuestra patria las minorías de los Reyes; pero ninguna lo fue tanto como la del monarca con cuyo nombre encabezamos este artículo, porque en ninguna existían elementos mas á propósito para alentar revueltas. Castilla y Leon encontrábanse separadas desde la muerte de Alfonso VII, que, atendiendo solo á su cariño paternal, y despreciando los con-

sejos de la experiencia, dividió su monarquía entre sus dos hijos Sancho y Fernando.

Los almohades, envalentonados en Andalucía por la retirada de los cristianos de la frontera, dueños ya de las plazas de Andújar y Baeza, aprestábanse á seguir sus conquistas detenidos solo por la espada de D. Sancho el Deseado, que hacia todo lo posible por tenerlos á raya.

Los Castros y los Laras, ardiendo en terribles rivalidades, y esperando solo una oportunidad para terminar con las armas sus querellas, eran otros tantos elementos de desórden que, agitándose en el seno de Castilla, estallarían poderosos y temibles cuando el respeto al monarca, único dique que los tenía sujetos, dejara de existir.

La ocasion no tardó mucho tiempo en presentarse.

El dia 31 de agosto de 1158 exhalaba en Toledo el último suspiro el noble Rey D. Sancho, llevándose al sepulcro con su temprana muerte las dulces esperanzas que sus grandes prendas hicieron concebir á sus vasallos.

En su testamento encargaba de la tutela y cuidado de su hijo y sucesor D. Alfonso, niño entonces de tres años, al noble D. Gutierre Fernandez de Castro,

cabeza de la distinguida familia de su apellido, previniéndole que gobernase el reino hasta que el regio vástago cumplierse quince años; pero sin remover á nadie de sus empleos y honores.

Este nombramiento fue, digámoslo así, la última gota que hizo rebosar la copa del sufrimiento que en silencio apuraban los de Lara, de tal manera, que no bien la fría losa del sepulcro cubrió los restos inanimados de D. Sancho, cuando D. Manrique, cabeza entonces de su familia, reunió sus parciales y dió principio á la lucha que habia de sembrar por tanto tiempo el luto y la desolacion en la desventurada Castilla.

El encono llegó á tal punto, los atropellos y las arbitrariedades á tal extremo, que el noble D. Gutierre, dolorido de lo que pasaba, hizo renuncia de su cargo de tutor, á pesar de lo dispuesto terminantemente por el Rey difunto, y entregó al niño Alfonso á D. García Garciez de Aza, pariente de los Laras, creyendo que de aquella manera se apagaria el fuego de las discordias civiles. Pero su abnegacion y su buen deseo no dieron el fruto que apetecia; pues el nuevo tutor, por ignorancia ó por malicia, depositó al futuro heredero de la corona en poder de los Laras, quienes, orgullosos con semejante triunfo, inauguraron una serie de crueles persecuciones contra los Castros, arrancándoles sus honores y empleos y despojándoles de sus castillos y tenencias.

¡Menguado y miserable modo de obrar, que contrasta notablemente con la noble é hidalga conducta de D. Gutierre!

Pero las malas acciones tienen pronto su merecido castigo, y el que siembra vientos no puede recoger sino tempestades.

Despechados los Castros de tan inaudita persecucion, y habiéndose puesto á la cabeza de la familia, por muerte del anciano D. Gutierre, su sobrino don Fernando, este, seguido de los suyos, solicitó la ayuda del Rey de Leon, quien, viendo las calamidades que pesaban sobre los Estados de su difunto hermano, accedió á su demanda, entrando en Castilla al frente de un ejército para obligar á los Laras á entregarle el cargo de tutor de su sobrino.

Convencido D. Manrique de la imposibilidad de resistir al leonés, fingió acceder á sus deseos, á con-

dicion de que él conservaria todos los dominios de la Corona en administracion hasta la mayor edad de D. Alfonso, en que se le haria entrega del reino.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

EN LA AUSENCIA.

I.

ÉL.

*Mas ¡ay! que el hombre en su impotencia triste
No puede mas que suspirar deseos.*

(CIENFUEGOS.)

¡Rey de la creacion se llama el hombre!
para darle su aliento
cruza fugaz el céfiro entre flores;
para él pueblan el viento
aves canoras que su oído halagan,
y si vagan, quizás cantando amores,
cantando amor por él tan solo vagan.

¡Mas yo, esclavo del mundo,
con mi desgracia lidio
ausente de mi amada!

Y al ver volar, en mi dolor profundo,
al ave enamorada,
su libertad envidio;

y al ver cómo se pierde allá en el cielo,
yo le envidio tambien su rauda vuelo.

Cuando la luz desmaya
en tintas de topacio

mi mente, fija en apartada playa,
quiere vencer el tiempo y el espacio:

Hacia el lejano monte
que azulado se pierde en lontananza,
mis ojos se dirigen; ¡vano anhelo!
Mi mirada, que abarca el horizonte,
á penetrar no alcanza
de aire sutil el trasparente velo.

«Id, auras vagarosas:
si le llevais perfumes de las rosas,
llevadle mi suspiro;
volad, volad dichosas,

si es que volais al punto á que yo miro.

Errante golondrina,

si vas á do mi vista te encamina,

llévale un dulce beso,

y ven luego, celeste peregrina,

á traerme el placer de su embeleso.

En vano esto les pido,

leve el aura se pierde entre las flores,

y el ave enamorada busca el nido

do goza sus amores...

En tanto, ¡vano nombre!

¡Rey de la creacion se llama el hombre!

II.

ELLA.

*Aquí para vivir en santa calma,
O sobra la materia ó sobra el alma.*

(ESPRONCEDA.)

Adoradores de la forma bella,

velo falaz de la materia impura;

vosotros que os prendais de la hermosura,

que es de un día no mas,

¿qué me importa digais que soy hermosa,
que es esbelto mi talle cual la palma?...

¡Si mi alma olvidais, porque mi alma
no conoceis quizás!

¡Feliz si fuera yo tan solo espíritu!
volara entonces como el rauda viento,
á do volando va mi pensamiento
que mora otra region.

Como imagen fugaz de dulce sueño
en torno de su lecho vagaría,
y al despertar, su frente rozaría
cual placida ilusion.

¡Fuera yo muy feliz! Fuera dichosa
sin conocer camino ni distancia,
yendo siempre con él, cual la fragancia
va siempre con la flor...

Invisible cual soplo de la tarde,
impalpable cual rayo de la luna,
informe cual la niebla en la laguna,
inmensa cual mi amor,

¿por qué tan solo amor no soy ahora?

¿por qué no soy tan solo un sentimiento?

¿por qué no soy tan solo el pensamiento

que va lejos de aquí?

¡Es que me oprime la materia impura
de forma bella, funeraria losa!

¿Qué me importa digais que es muy hermosa,
si es cárcel para mí?

III.

Diz, que de este modo ausentes

suspiraban dos amantes;

él envidiando á los pájaros,

y ella envidiando á los ángeles.

R. FERRER Y BIGNÉ.

LOS CUARTOS DE HORA.

CUENTO.

(Continuacion) (1).

VI.

Al octavo día de haber entrado Félix al servicio de la marquesa, y cuando esta se hallaba disponiendo los preparativos para marchar á la corte, se presentaron una mañana en la quinta sus antiguos amigos los Sres. Campo-Frio, Monreal y Valderrobles.

Se hicieron anunciar, y Margarita los recibió con indecible alegría, no tanto porque los apreciaba ya de antemano, cuanto porque siendo íntimos del calaveron de D. César, y habiendo sido testigos presenciales de su apuesta, podian enriquecer con alguna peripecia mas los detalles de la carta de Laura.

Los tres recién llegados la manifestaron jovialmente, cuando se trató de aquel asunto, que el objeto de su visita abrazaba dos propósitos laudables: el primero y principal saludarla despues de un año de ausencia, y el segundo, averiguar si D. César habia ganado ó perdido la apuesta.

—Siendo hoy el día en que espira el plazo, añadió el baron de Monreal con la mas hechicera cortesía,

(1) Véase nuestro número anterior.

concebimos el feliz pensamiento de venir en cabalgata á comer con la señora marquesa.

—¡Ah! dijo alegremente Margarita: ¿conque Vds., señores, no han querido privarse de asistir al desenlace de esta comedia singular? Sea en buen hora: comeremos en confianza. Solo que Vds. hallarán aquí una falta de gran bulto, y es que en nuestro cómico espectáculo se nota la ausencia de la persona del protagonista.

—¿Cómo es eso? preguntó Campo-Frio.

—Muy sencillo, exclamó la marquesa; el insigne fanfarron D. César Montenegro no se presentará.

Los tres jóvenes se sonrieron maliciosamente.

—¡Ah señores! replicó la marquesa. Estoy perfectamente enterada de la apuesta en que figura mi nombre. Hace unos dias que representa D. César en mi quinta el papel de los aparecidos de los cuentos; mas lo que yo puedo asegurar á Vds. es que á mí no se me ha presentado; y aunque en realidad sea un duende, un trasgo ó un zahorí, me parece que es grilla esto de su permanencia en mi casa, y me atrevo casi á jurar á Vds. que no se presentará.

—Y V. juraría en vano, señora, contestó Valderrobles. Porque no bien nos apeamos en la puerta de la quinta, descubrimos en seguida la persona de nuestro amigo D. César, que acudió presuroso á saludarnos.

—Sí por cierto, dijo Monreal. Y á la verdad, cuando le hablamos del estado de su asunto, nos respondió con voz firme: «Mi matrimonio con la señora marquesa es cosa hecha.»

Margarita creía soñar.

—Señores, eso es una mentira indigna, exclamó. Yo no he visto á ese hombre... Yo no he rozado con él ni una sola palabra.

—¡No que no! dijo Valderrobles.

—¡Que si quieres! exclamó Monreal.

—¡Pues digo! añadió Campo-Frio.

Y todos tres rompieron á reir de una manera que desesperaba á la pobre marquesa.

—Pero, señores, gritó con voz furiosa, ¿quieren Vds. ayudarme á descubrir el duende? ¡Oh, esto es horrible, Dios mio!

—Señora marquesa, dijo el baron de Monreal con suma dulzura; comprendo que en todo esto hay

un misterio capaz de desesperarla; pero viva V. tranquila, que dentro de dos horas, es decir, un cuarto de hora antes de acabar el plazo de nuestra apuesta, todas sus dudas se han de resolver satisfactoriamente. Entre tanto, nosotros aceptaremos de buen grado la comida de confianza que V. nos ha ofrecido.

Margarita se tranquilizó con estas palabras, y tomando permiso de sus amigos, corrió á mejorar un poco su tocado para asistir á la mesa.

—¡Bribon de Montenegro! exclamó Monreal así que la marquesa habia desaparecido. ¡Haberse disfrazado en esa forma para llegar hasta aquí!... ¿Qué os parece?

Campo-Frio y Valderrobles contestaron con una carcajada.

(Se continuará.)

LEANDRO A. HERRERO.

GRATITUD.

SONETO DEDICADO Á MI DISTINGUIDO AMIGO D. FEDERICO DE LEVENFELD.

Crecen en mayo en el pensil galano
pintadas flores de amorosa esencia,
mas llega octubre y pierden su existencia
al rudo soplo de aquilon insano.

El árbol que se alzaba allá en el llano,
desaparece del tiempo á la inclemencia:
y al arroyo de pura transparencia
sus aguas arrebató el Océano.

Tirano el tiempo, con su mano helada,
sepulta pronto en el olvido frio
la ilusion, el placer, la dicha ansiada.

Todo sucumbe ante su paso impío:
mas ¡ay! mi gratitud, deuda sagrada,
vivirá mientras lata el pecho mio.

CÁRLOS CANG.

UNA AVENTURA.

(EPISODIO DEL SIGLO XVI.)

(Continuacion) (1).

Instalados nuestros dos jóvenes viajeros ante una no muy limpia mesa, y sin ser apenas advertidos por la concurrencia, comenzaron á despachar de buena gana algunos tasajos de carne medianamente condimentada, sin olvidar las correspondientes libaciones.

Continuaban los gritos y algarazas, y los dos amigos, sin cuidarse de lo que les rodeaba, entregábanse de lleno á una conversacion entusiasta, donde Félix, á grandes rasgos, esponia á su compañero el bello porvenir que en su ilusion les sonreía. De repente, y en medio de aquel bullicio, alzose una voz triste y dulce á la vez, que exclamó: «¡Una limosna por Dios á esta pobre madre!» Habia una vibracion tan melancólica en aquel eco, encerraban aquellas palabras tanta amargura, que como por encanto cesaron los gritos, todos los ojos se volvieron á un punto, y allí, en medio de la estancia, vieron una pobre mujer cubierta de harapos, y que, á pesar de su miseria, ostentaba aun tal rasgo de juventud y de belleza, que atraía; apretaba contra su seno un niño de pocos meses, rubio como unas candelas, y daba su mano izquierda á una preciosa niña de unos tres años, que, ruborizada y sonriendo, escondia su rostro infantil en los vestidos de su madre; aquella mujer era una pobre mendiga.

Félix iba á darla una moneda, cuando uno de los soldados que ocupaban el banco del fogon, alzándose de su asiento con un arranque decidido: «¡Prenda! exclamó con acento insultante dirigiéndose á la infeliz mujer: aquí teneis un servidor del Rey que se halla dispuesto á aliviaros la carga.» Y el soldado, sin miramiento, se adelantó como para darla un abrazo. La mendiga retrocedió asustada, y fue maquinalmente á colocarse junto á la mesa de los dos jóvenes. Todos, excepto estos, se levantaron con algarazas.

—¡Dejadme!... ¡dejadme!... gritó asustada la infeliz

madre, mientras la niña, abrazándose á sus rodillas, gritaba con terror, escondiendo su rostro ante aquel soldado ebrio:

—No hay que asustarse, replicó el aventurero. Á mí me gustan las buenas mozas, y, sobre todo, después de haber apurado, como ahora, algunas botellas.

Félix, que desde el principio de esta escena habia fijado en el soldado una mirada chispeante y colérica, no pudo contenerse, y dirigiéndose á la mendiga:

—¡No temais! exclamó.

El soldado dió un peso hácia la joven, y estendió sus brazos; sonó una carcajada general.

—Señor soldado, interrumpió Félix alzándose sobre el asiento y sin separarse de la mesa: un poco mas de mesura, que las armas no deben de estar reñidas con la crianza.

—¿De qué campañas viene ese veterano que quiere darme lecciones? interpelló el soldado con ese aire enfatuado propio de la gente de guerra, mientras se atusaba los mostachos.

—Vengo de Madrid; las aulas han sido mis campañas, y en ellas he aprendido, dijo Félix con arrogancia y poniéndose encendido como la grana, á no dejarme insultar impunemente por nadie.

—Calle el rapaz y métase en su negocio, prosiguió el soldado amostazándose, ó si no, yo le daré una dura leccion de vara.

—¿A mí? exclamó Félix.

Y asiendo la botella que tenia delante, la arrojó con tal acierto y furia sobre el soldadote, que le fue á dar en mitad de la frente.

(Se concluirá.)

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

Hay muchas virtudes de antifaz en este siglo, y muchas famas compradas por medio de la hipocresía.

(1) Véase nuestro número anterior.

(1) Véase nuestro número anterior.

Vos conoceis alguna desprestigiada en otra parte, y que es hoy en Sevilla el ideal y el ensueño de cuantos la conocen.

—¡No sé! ¡No puedo entender por quién hablais!...

—El tiempo os lo dirá, señora.

—¡No os comprendo!

—La buena fe tiene siempre cataratas.

—¿Y os encargais vos de batirlas?

—¡Dios me libre de tal cosa!

—Pues no os entiendo.

—Yo soy un reloj que apunta la hora pero nunca suena; mas alguna vez sirve de despertador á mis amigos.

—Yo siempre deseo dormir, Fuensalida, si el despertar ha de proporcionarme horribles desengaños.

—¿Desengaño llamais á la verdad? Yo las llamo lecciones. Á mí no me martiriza jamás volver los cuadros á la luz y hallar en el respaldo lo contrario de lo que vi en la superficie.

Yo nunca veo dramas, solo contemplo sainetes.

Todo lo parodio, porque todo es digno de parodiarse en el mundo.

—¿Pues y los sentimientos?

—No existen.

—¿Y la confianza?

—Es vendida siempre.

—¿Y la amistad?

—¡Bonita palabra!

—¿Y el amor?

—¡Juego de chiquillos!

—¿Y los lazos de familia?

—Existen mientras no media una herencia.

—Sois una cosa peor que el Fediato de *Cadalso*, señor de Fuensalida; aquel todo lo negaba, pero si quiera creia en el amor.

Con muchos hombres como vos, seria preciso morir para no horrorizarse una hasta de sí propia.

—¿Qué quereis! ¡He visto cosas tan grandes!

—¿Que os hacen negar hasta las mas sagradas?

—Eso mismo, señora.

—¿Y qué tenemos que ver los seres que vivimos para sentir con esos tipos odiosos que viven encenagados entre sus malas pasiones y que rechaza el corazon del justo como la piedra la bala?

—¡Si siempre pudieran rechazarse!

—¿Pues quién nos obliga á acercarnos á ellos?

—La sociedad, amiga mia, la sociedad.

—En ella se puede elegir, como en una caja de alhajas que nos presentan.

—Pero hay muy pocos lapidarios que sepan distinguir las bastas de las finas. ¡Recordais aquella gran Reina que tuvo que vender todas sus joyas, y en su lugar mandó hacer unas tan bien imitadas, que ningun necio cortesano supo distinguir las, ni aun bailando con la Reina en un gran sarao que dió para cerciorarse de que no serian conocidas. Pues lo mismo que vendió pedazos de cristal por finísimos brillantes, hubiera ofrecido un alma corrompida cubierta con la careta de la inocencia y el pudor.

Todo consiste en saber desempeñar los papeles.

No faltará quien á mí me juzgue malo, porque siempre la verdad luce en mi palabra y la sorpresa de desconfianza en mis labios, mientras que otros pasarán por seres perfectos, porque supieron fingir y engañar.

—¿Conque vos nunca mentís?

—Antes me dejo matar, señora.

—Pues bien, respondedme con sinceridad: ¿viene á mi tertulia de continuo la persona de quien me habeis dicho que desconfie?

—Precisamente.

—¿Estuvo aquí anoche?

—Sí.

—No os quiero preguntar su nombre.

—Es que yo tampoco os lo diria.

—¿Aunque os lo suplicase?

—Ni de rodillas.

—¿Y por qué?

—Porque media el nombre de una infeliz mujer que conocí en Madrid, y que dos personas que hoy residen en Sevilla hacen desgraciada de una manera impía.

Esa mujer me amó como un hermano, y me dijo: "No descubras jamás el crimen de los que me asesinan. ¡Dios los perdone como los perdono yo!"

—Me haceis sufrir, Fuensalida, con ese relato. No quiero saber mas, porque mi sistema es ignorar siempre lo que puede hacer daño al corazon.

Traedme noticias, sí; pero que sean rasgos de

virtud y abnegación. Hechos heroicos que me entusiasmen, ó obras piadosas que despierten la generosidad.

Vos no sabeis, amigo mio, el severo reglamento de esta pequeña tertulia. Aquí nos hemos prohibido mutuamente saber que hay seres malos en el mundo, ni crímenes, ni escándalos, ni falsedades, ni rencores.

Cada uno de los tertulianos está encargado de referir una historieta por la noche, de algun rasgo virtuoso que merezca elogio y admiración.

Aquí sabemos todos los seres desgraciados que existen dignos de piedad y recompensa.

Cada uno guarda despues para su sayo la especie, y socorre al desventurado si sus facultades se lo permiten; pero nadie revela jamás lo que ha hecho en su obsequio.

Conque, Sr. de Fuensalida, vos que sois tan á propósito para desentrañar cosas ocultas, traedme noticias siempre que podais de la virtud en desgracia, de la opulencia doblegada por el infortunio, y de todo lo que sea grande, generoso y superior.

No sabeis lo que os agradeceré datos de esta especie; pero no trateis de despertar mi alma con horrores y desengaños.

Mi vida avanza: va á su descenso ya, como el arroyo que ha corrido tranquilo por la pradera muchos años, y ve que se va secando su cauce cuando mas necesitaba de su corriente.

Ahora como nunca quisiera encontrar flores en mi camino, en lugar de ortigas venenosas que puncan mis cansadas plantas.

Esta noche voy á tener un gozo superior. ¿No sabeis van á traer á nuestra tertulia al jóven *Antibal Rinaldi*, ese famoso polígloto de trece años, que es el asombro del siglo XIX, y eso que este siglo no se asusta de las maravillas, porque es el siglo de los grandes descubrimientos y las famosas empresas, y los genios superiores?

—Mucho he oido hablar de ese niño singularísimo, pero nunca he creido lo mucho que ponderan su habilidad, contestó Fuensalida todo desconcertado, al ver el giro que doña Mercedes daba á la conversacion y la finura con que habia desoido la revelacion que pensaba hacerle.

Era la primera mujer que no escuchaba con atencion las bien fraguadas calumnias de sus labios.

La primera que no se cebaba en la deshonra de otra mujer.

Sus tiros se habian equivocado.

El desprestigio que queria inferir en otro ser habia caido sobre sí mismo.

Su descaró estaba vencido.

Su maldad despreciada.

No sabia cómo enmendar su error.

Hubiera dado por retroceder en su empresa hasta su misma venganza; no por arrepentimiento, sino para empezar su trama de nuevo por otro camino mas seguro.

El habia creido que la viuda se parecia á las demás, y no habia empleado el estudio necesario para hacerla entender lo que no pronunciase su boca.

La conversacion siguió indiferente; pero su cabeza revolvía mil ideas y mil odios encontrados.

Doña Mercedes, aunque al parecer tranquila, estaba inquieta. Aquella buena mujer era de un natural excelente. Religiosa sin fanatismo, virtuosa sin hipocresía, digna sin orgullo, caritativa sin ostentacion, finísima sin presuncion alguna, y llena de un talento natural, reconocido por todos menos por ella misma.

Nunca habia ofendido la amistad, ni aun con una ligera duda.

La voz del deber formaba su alma; así es que no podia creer nunca que nadie faltase á él, y se horrorizaba de escuchar las crónicas del corazon humano, como una niña cándida que oye por primera vez el lenguaje de un hombre libre y libertino.

Hay mujeres á los sesenta años con los oidos mas castos que el perfume de la primera rosa del mes de abril.

Los años no desmoralizan, ni el estado tampoco.

Una mujer casada, si es pura de corazon, se sonroja lo mismo que una vírgen cuando escucha frases que reprueba la moral.

No sé por qué permiten algunas casadas que se las falte, en la creencia de que al dar su mano al hombre están ya exentas de ese pudor natural que debe conservar la mujer como una joya preciosa.

Hemos visto algunas reuniones donde las casadas

formaban corro, en el cual se introducían los Lovelaces de la tertulia á hablar cosas dignas de un cuartel sin jefe.

Las carcajadas llegaban hasta nosotros, y creyendo se trataba de algun chiste admitido en sociedad, nos acercamos, y sin querer oímos cosas que arrebataron el carmin á nuestras mejillas y llenaron de indignación nuestro pecho.

Al vernos, todos callaron, sonriendo y diciendo por lo bajo:

—¡Silencio, señores, hay moros en campaña!

Entonces los que habíamos interrumpido el coloquio dijimos mirándonos mutuamente:

—Seamos siempre moros, con tal de que respeten nuestra castidad.

Y no se crea que esta era una reunion cualquiera.

Lo mas brillante y rico de una capital asistia allí.

Los salones eran suntuosos, y las damas de lo mas escogido de la sociedad.

Las frentes de aquellas mujeres que reían con lo que debían reprochar, eran puras y hermosas. ¿Por qué, pues, no sabían elevarlas con dignidad ante aquellos seductores de oficio que empiezan por este medio sus conquistas y sus triunfos?

Desmoralizado una vez el finísimo oído de la mujer, pasa á desmoralizar el alma, y despues el cuerpo.

Los sandios maridos juegan entre tanto al tresillo, ó fuman gordos habanos en la antesala inmediata.

Yo creo que el humo del cigarro oscurece la inteligencia de los hombres y pone nubes en sus ojos, pues nunca llegan á tiempo de ver tanto como las mujeres.

Solo ciertos novios celosos son los que no tienen los ojos vendados como Cupido ó la incauta Fe.

En cuanto á los maridos, si no tuviesen los mas ángeles por mujeres, perderían muchas veces por un habano una partida de ajedrez ó una mano de dominó, lo que no debemos decir, y queremos que adivinen los simplonazos.

Es hermoso, muy hermoso, que un marido tenga ciega creencia en su mujer, pues nada ofende el orgullo de esta como una injusta duda; pero no por eso debe ser menos cuidadoso con aquel tesoro que le dió el cielo para formarle un dichoso porvenir.

Cuanto mas rica es una joya que llevamos puesta, mas miramos que no se nos pierda ni estravie; y eso que los diamantes pueden comprarse con oro. ¿Qué haremos, pues, con la alhaja que una vez perdida no se recobra jamás?

Recordamos ahora una preciosa aldeanita que conocimos de niña en un pintoresco pueblecito de Andalucía, y que viene aquí al caso para probar lo que dejamos dicho.

Esta niña era pequeñita y redonda como una manzana, con una cabellera que cuando estaba al sol no se sabia cuáles eran los rayos ó los cabellos.

La boca era tan chiquitita y los dientes tan menudos, que yo dudaba pudiese comer con ella; y lo mas raro era que por aquella boca diminuta salía una voz sonora que, cuando cantaba, llegaba su claro timbre hasta la vega inmediata; y por cierto que era tan natural y sin esfuerzo aquel singular gorgoeo, que no desfiguraba en nada su alabastrina garganta y su alto y delicado pecho.

La primera vez que la vimos estaba sentada á la sombra de un almendro lleno de flor, y parecia su rostro una de ellas que se hubiese deslizado de la rama por dar adorno al tronco desnudo.

Al tender la vista por el delicioso valle donde se hallaba la casa de aquella perla de Andalucía, casi siempre se la encontraba junto algun árbol cantando como un ruiseñor, con una sonrisa tan graciosa y una confianza tan inocente en el rostro, que daban deseos de darla mil besos, como á un niño que sonríe en los brazos de su madre.

Al oír su sonora voz nos detuvimos para no interrumpirla, y escuchamos su preciosa cancion sin respirar apenas, que, si no recordamos mal, decia así:

«Soy la sirena del valle,
nadie encarcela mi voz:
canto como el ave libre,
como el dulce ruiseñor.

«Yo saludo las estrellas,
yo saludo el claro sol
y la tímida alborada
que me inspira la cancion.

«Desde lejos yo le canto
al alegre cazador,
porque escuche y deje libres
las aves que aprisionó.

«Yo le canto al caminante,
y me escondo muy veloz,

porque juzgue que mi canto
fue tan solo una ilusión.

„Y le canto al pastorcillo
que á la colina subió
por ver si allí distinguía
á la prenda de su amor.“

Al terminar la niña, nos quedamos suspensos mirándonos con asombro, pues parecía imposible que de pecho tan pequeño saliese voz tan grande, y que sin música se pudiesen poseer todos los sonidos mas gratos y armónicos de un arte tan divino.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE "LA VIOLETA."

Han comenzado los contrastes.

Las nubes, estendiéndose por el espacio, forman sobre la coronada villa un pabellon flotante.

Las lluvias y los vientos entran en el pleno dominio de sus poderes.

Los árboles comienzan á despojarse de su florido traje, dejando entrever sus ramas secas y descarnadas que no tardarán en verse cubiertas por el hielo.

El invierno ha descendido ya de la sierra y avanza hácia nosotros.

Se escucha el triste sonido de una campana.

Es que se aproxima *el día de los muertos*, de las coronas de siemprevivas, de los recuerdos, de las oraciones.

Tras él llegarán las bulliciosas veladas de Navidad, sus pintorescas tradiciones, sus sencillas reuniones cabe el hogar doméstico.

La muerte precediendo á la vida, la fiesta de la ancianidad sirviendo de prólogo á la de la niñez.

Mas allá se oyen los estrepitosos ecos de la locura, el Carnaval agitando los cascabeles de su vestido.

Abrirán sus puertas los salones de la ilustre aristocracia; brillarán raudales de luz, de pedrería, de belleza; habrá dichosos que, rodeados de una elegante sociedad, aspirando perfumes, bogando al compás de

la armonía por un mar de encajes y cintas, encontrarán su ventura en el destello de unos ojos, al través de una sonrisa, tras una flor.

La música, el bullicio, la alegría, se cuidarán de apagar los bramidos del huracan cuando en las tenebrosas noches de invierno la nieve azote nuestras ventanas.

Y, sin embargo, el huracan y la nieve serán el martirio de los desventurados.

No ahogue el contente la voz de la caridad.

Recordemos, en medio de la alegría, que el pobre niño y el débil anciano se arrastran ateridos buscando un refugio para no morir de hambre ó de frio.

El mendigo es nuestro hermano: ahoguemos el egoismo con la ternura.

Ahora entremos á cumplir nuestro cometido: tenemos una mirada sobre la marcha de los teatros en la presente semana.

Está visto que el Real ha comenzado con bien malos auspicios. La representacion de *La Traviata*, si bien valió algunos aplausos á los artistas, dejó, sin embargo, mucho que desear á los concurrentes, que con marcada frialdad recibieron la tan oida partitura. *Lucrecia* siguió á esta, y anúnciase el *Fausto* y *Robert el Diablo*: siempre que no se quede en ofrecimientos, pase; pero vemos tantas mudanzas, tan incomprensible direccion en el regio coliseo, que en todo lo referente á su empresa llegamos á tomar por principio el vulgar axioma de *ver es creer*.

La empresa de Jovellanos, tampoco muy partidaria de novedades, ha dado al público las tan aplaudidas zarzuelas *Jugar con fuego* y *El Valle de Andorra*. En la primera el Sr. Salas ha recogido los acostumbrados aplausos, y en el concertante final del segundo acto el público aplaudió con entusiasmo un acierto en su ejecucion tan feliz, que honra en general partes y coros: aplausos tambien recibió en el acto tercero un corista que, con un conocimiento superior, trazó el tipo original de un loco; este artista improvisado fue llamado á la escena por los concurrentes al terminar la zarzuela. De *El Valle de Andorra* solo decimos que celebraremos, si, lo que no será, vuelve á ponerse en escena, procedan á ensayarlo muchos de los artistas que lo desempeñan, y

evitarán así el mal efecto que con sus desaciertos causaron en la concurrencia.

¡Viva Don Camito! es una pieza insípida que no merece tanta vida.

Ceferino Guerra estuvo á la altura de su bien sentada reputacion en la preciosa comedia de Breton de los Herreros *Un Novio á pedir de boca*: los demas actores coadyuvaron al feliz desempeño de la obra.

Como novedades, se ha representado en este coliseo un juguete (así lo llama su autor), en tres actos y en verso, cuyo título no recordamos, y debido á la inteligente pluma del Sr. Marco, y un drama en tres actos y en verso, que seguirá á este, titulado *Jacobo Trezzo*, para cuya humildísima produccion pedimos á nuestras bellas lectoras, á nombre de su autor, una mirada de benignidad.

El teatro del Circo presentó como gran novedad un despropósito, original, de costumbres asturianas, en un acto, titulado *El Rapacín de Candás*; el desempeño vale mas que la obra: esto no quita para que está recibiese los aplausos de ordenanza.

En este coliseo se anuncia la próxima representacion de la zarzuela *Muerta en el bosque*: este título tiene cierto saborcillo á espectros luminosos, que quisiéramos ver desvanecido para bien de la obra y de sus espectadores.

Variedades continúa mereciendo el favor de los inteligentes; á *El Ramo de oliva* han seguido las representaciones de *Mentiras dulces*, bellísimo idilio de Eguilaz, que ha valido á la distinguida Sra. Palma un triunfo.

En Novedades siguen las representaciones de *La Profecía*, con buenas entradas, buenas decoraciones, bellísimos trajes y desempeño dudoso, si se exceptúa á la simpática María Rodriguez.

De propósito hemos dejado para lo último lo que por categoría y derecho le corresponde ocupar el lugar primero.

Hablamos del teatro del Príncipe, afortunado local donde parece haberse refugiado las musas castellanas, halagadas por el buen trato del simpático Catalina.

Las Cañas se vuelven lanzas: hé aquí el título de la bellísima obra que para honra de la literatura espa-

ñola acaba de brotar de la pluma de nuestro inmortal poeta D. Antonio García Gutierrez.

La musa dulcísima, inspiradora, del *Trovador* y *Venganza catalana*, ha dejado caer un rayo de estrellas sobre la frente de su hermano predilecto.

Lope de Vega hubiese apadrinado con orgullo la dulce melancolía, el tierno sentimiento que, envueltos en raudales de rica y florida poesía, brota de esa nueva y sencilla creacion.

Las formas literarias de esta delicada comedia, el diálogo brillante, natural y apasionado, rico en conceptos, abundante en sales cómicas de primer orden, salpicado de pensamientos sublimes, constituyen el magnífico ropaje con que se viste un argumento sencillo, bellísimo y encantador. En vano los profanos, los que se alimentan solo de bellezas superficiales querrán tachar esta produccion de pálida y por de mas sencilla; cuantos amen el verdadero arte, cuantos sientan en su pecho el fuego del entusiasmo hácia nuestras tradiciones literarias, no podrán menos de admirar y aplaudir esa lindísima joya que García Gutierrez acaba de engarzar en su envidiable diadema, y que mas que una obra del teatro moderno, parece una hechicera creacion de los Tirsos y Montalvanes.

El argumento de esta comedia ideal está descrito en estos dos versos dulces y transparentes, que el autor pone en boca de su protagonista:

Una historia de dos almas
en un amor confundidas.

En cuanto al desempeño, diremos que nada deja por desear: ¡dichosos los autores dramáticos que de tal manera ven atendidas y tratadas sus obras! La Matilde, como solo es dado interpretar á la perla del teatro español; los hermanos Catalina, demostrando su buen talento en delicados rasgos; Fernandez, á la altura de quien como él ocupa el primer lugar de los actores cómicos españoles; los demas artistas, llenando cumplidamente su cometido.

El lujo y verdad con que esta comedia ha sido exornada dice mucho en favor de una empresa que con justicia ha conquistado las simpatías del público madrileño.

Damos la mas cumplida enhorabuena á nuestro

querido amigo D. Antonio García Gutierrez, condoliéndonos que por su ausencia no haya podido recoger los embriagadores aplausos con que el público ha saludado su nueva produccion; felicitamos á los actores por su esméfado desempeño, y á la empresa, siempre digna y entusiasta por tributar honra y decoro á nuestro teatro nacional.

Tales son las noticias teatrales de la semana.

Por lo demas, no faltan en la coronada villa novedades.

Anúncianse como próximos á realizarse un buen número de casamientos, efectuados entre conocidos hombres políticos y bellísimas flores de nuestra mas elegante sociedad.

Encantadora es en verdad una corona de desposada.

Es una guirnalda de jazmines, en derredor de la cual revolotea un tropel de mariposas azules que se llaman pensamientos.

¡Venturosos los que logran aspirar por un momento el delicado arbusto de la dicha!

¡Felices los que se duermen entre sombras transparentes para soñar con brumas de color de rosa!

Nosotros, pobres heraldos de la ventura ajena, veremos colmada toda nuestra ambicion con poder contemplar sobre la frente de cada una de nuestras preciosas lectoras una estrella blanca en cuyo disco leamos: FELICIDAD.

JOAQUÍN TOMEY Y BENEDICTO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Estamos en el mes hechicero del año; mes de los sueños melancólicos, enciclopedia de las sentidas bellezas de la naturaleza. Nada mas bello que el sol en una época en que, desplegando limpia la brillantez de su esplendor, vela el ardor de sus rayos, permitiéndoles llegar hasta nosotros con ese nivel que en nuestra imaginacion infantil presentíamos debia formar la temperatura del Eden; se comprende, pues, que diariamente alumbre las mas espléndidas belle-

zas en calles y paseos; y en nuestra mision de ataviarlas debidamente, vamos á describir lo que creemos mas á propósito para realizarlas.

Hemos señalado anteriormente que los trajes bordados gozarian de gran favor este invierno; abordamos, pues, esta cuestion, pudiendo citar algunos magníficos y enteramente distinguidos. El raso en particular se borda mucho, bien al pasado, lo que es preferible, ó bien en felpilla, que hace mas efecto. Los trajes negros están algo en decadencia, ahora que generalmente seducen los colores sobresalientes; y aun cuando en nuestro juicio imprime el negro un sello especial de elegante distincion, esperamos sin disgusto no vernos espuestas á contemplar en una visita un salon lleno de señoras vestidas con tan lúgubre uniforme.

Se reservará el negro para salir de mañana, sobre todo en dias de lluvia, poniendo debajo una enagua de color cuando se pretenda ir algo mas vestida.

El gris bruma y el pensamiento, que son los favoritos del dia, conservarán su boga indudablemente, á causa de reconocerse sumamente sensatos para el invierno. Pero volvamos á los trajes bordados, describiendo dos que recomendamos á nuestras bellas.

El primero, de *semi-toilette*, es de *point-de-soie* gris, denteado el borde de la falda, y bordada en felpilla sobre cada diente una ancha hoja de encina sobre el paño delantero; una fila de las mismas hojas graduadas se continúa sobre el cuerpo alto de corte imperio y mangas ajustadas.

El segundo, de raso pensamiento, lleva una ancha tira sobre el falso bordada al pasado, remontando ademas una rica guirnalda en disminucion sobre las costuras de la falda, la que venimos á encontrar formando cordon en las de la vesta postillon. Aun cuando á primera vista aparezcan costosos estos trajes, podemos asegurar no ascienden á un precio fabuloso cuando la habilidad de las señoras se lo confeccionan por sí mismas. El favor de las aldetas asciende progresivamente, pudiendo afirmarse que los trajes de la nueva estacion adoptarán generalmente, cualquiera que sea su tejido, no la clásica aldeteta que llevábamos años atras, sino la nueva, que será una creacion puramente fantástica. Fraques con puntas cuadradas ó vueltas, largas aldetas de vesta de caza ó de casa-

ca, y ancha cintura colocada por debajo, cuyas innovaciones se vienen ensayando desde que principió el estío.

Los paletots y las casacas del día se ajustan al talle por medio de un ancho cinturón que las asemeja á las blusas. Esperamos que el buen gusto protestará; pero ¿quién osaría asegurarlo, cuando vemos tan prontamente aceptadas como las otras las novedades feas y desgraciadas? Es un contrasentido; pero ¿qué remedio! El sabio Fenelon dice que la moda sería razonable si se consiguiera detenerla después de haber hallado la perfección para la gracia y la comodidad. Cambiando solo por cambiar incesantemente, suele caer mas bien en el desarreglo que llegar á tocar el buen gusto.

El encarnado se empleará mas que nunca, siendo lo mas elegante para abrigos de baile ó de teatro el cachemir de dicho color, adornado de ancha franja thibet blanca. Con ella, mas estrecha, se guarnecerán asimismo vestas, pelerinas y capuchas, que llevarán además un galon de cachemir en medio.

No crean por esto nuestras lectoras que se destronarán las bolas bolero. Felizmente veremos impreso nuestro gracioso sello español en las vestas idem. La belleza parisiense no se desdeña de ostentarse ufana con esta parte de nuestro típico traje, concediéndole un lugar preferente en las modas que impone. También se destinan á guarnecer las faldas, siendo digno de mencionarse un traje adornado así, que, si bien algo claro, puede reproducirse en otra tinta; y tal como lo hemos visto es desde luego encantador y *comm'il faut* para teatro. Es de tafetan fondo blanco, sobre el que se destaca de trecho en trecho una estrecha raya pensamiento. En el bajo de la falda lleva un volante de doce centímetros de altura con unos pliegues bastante juntos cuya cabecilla la forma una pasamanería pensamiento, y en el hueco de dichos pliegues desciende una gruesa bola del mismo color. El cuerpo es una vesta española rodeada de pasamanería y de pequeñísimas bolas, las que se divisan igualmente sobre cada costura de la vesta y de las mangas. Con este traje se necesita una camiseta con valona de magnífico valenciennes y un largo cinturón pensamiento sumamente ancho, anudado por detras. Como complemento, aconsejaríamos para

prendido una cinta pensamiento negligentemente anudada en los cabellos, y un *puff* de lirios descendiendo como lluvia sobre uno de los bandós.

Los trajes de niños merecen nuestra atención al principio de las estaciones: para ellos son los maravillosos paletots, graciosos y confortables al mismo tiempo, de muleton blanco ó de piel de cordero. Se bordean de tafetan azul, rosa ó lila; tres cabos triangulares de la misma tela descienden por en medio de la espalda, mientras otros en los hombros remontan sobre el bajo de la manga. El favor de estos paletots se prolongará seguramente durante toda la próxima estación, siendo para los niños hasta la edad de tres años, y hasta la de cinco para las niñas. También adoptarán mucho los trajes de terciopelo inglés (cuestión de economía), por ser mucho mas arreglados y de tan buen uso como los de terciopelo de seda. Para niño hasta la edad de diez años puede componerse de un pantalón semiancho sujeto á la rodilla, chaleco de puntas redondas con botones cuadrados de azabache, vesta recta bastante larga guarnecida de tres bolsillos, y un sombrero de fieltro negro, de fondo redondo, sencillamente adornado de una cinta de *gros-grain* blanca de mediana anchura.

Una palabra sobre los sombreros antes de finalizar nuestra revista. Generalmente todos reemplazan el bavolet por un volante de encaje mediano, por un bullonado, ó por cocas. Con cualquiera de estos adornos se coloca una rama de flores sobre el lado del fondo, medio velada por los encajes ó los bullones, consistiendo en esto la mayor parte de los arreglos.

Para teatro se emplean ligeros de tul celeste rosa ó blanco, constelados de perlas satinadas. Para el mismo caso recomendamos las manteletas y los charles de encaje.

JOAQUINA DE CARNICERO.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.